

CAMINO REAL DE TIERRA ADENTRO CHIHUAHUA. LAS RUTAS DE LAS MISIONES

CLARA BARGELLINI



Clara Bargellini es investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Las misiones del norte de México tienen historias variadas y complejas, y lo mismo podemos decir de las rutas que conectaban unas con otras. Ciertamente, como en el caso de Chihuahua, que aquí vamos a examinar brevemente, es imposible prescindir del estudio de estas rutas para entender las misiones, ya que la localización de una misión se decidía con base en los sitios de las fundaciones anteriores, y pensando en las ubicaciones de las futuras. Los caminos que conectaban las misiones eran los hilos de un tejido a veces muy ralo, pero tejido de todos modos, que buscaba cubrir territorios muy amplios, en apoyo a la colonización.

Dos son las rutas principales de las misiones en lo que hoy es Chihuahua. Una corresponde al Camino Real que unía el centro del virreinato con su extremo más norteño en el Nuevo México. La segunda es la que unía las misiones jesuitas de Sonora con las del centro y sur de la Nueva Vizcaya y del virreinato.

Los primeros ministros religiosos para comunidades indígenas en el territorio que hoy es Chihuahua fueron frailes franciscanos que llegaron por el Camino Real de Tierra Adentro a finales del siglo XVI, junto con los colonos españoles que desde Durango poblaron la región de Santa Bárbara. Venían de la provincia franciscana de Zacatecas y establecieron una misión entre los indígenas en San Bartolomé, lo que hoy es Valle de Allende. Como la zona muy pronto llegó a poblarse de españoles, negros, mulatos y mestizos, no duraron mucho las misiones para indígenas en esta área de la Nueva Vizcaya. Los indígenas, además de que muchos murieron por las enfermedades que acompañaban la colonización, fueron integrándose a las estancias y haciendas de los colonos.

Sin embargo, los españoles, junto con algunos franciscanos e indígenas del centro de México, siguieron hacia el norte en búsqueda del “Nuevo México”, legendaria tierra ancestral de los mexicas y supuesta fuente de anheladas riquezas para los europeos. Allí llegaron hacia 1600. Fue por esa fecha que los colonos, los frailes y los indígenas del centro del virreinato lograron cruzar por completo el actual estado de Chihuahua desde sur a norte para seguir por el Río Bravo hacia Nuevo México. El camino pasaba al occidente del sitio de la actual capital del estado, ya que todavía faltaba más de un siglo para su fundación. Con el tiempo, sobre este camino los franciscanos de la provincia de Zacatecas fundaron más misiones, mientras sus hermanos de la provincia del Santo Evangelio (con su centro en la Ciudad de México) ministraron a los pueblos indígenas de Nuevo México.

Aproximadamente 20 años después de los franciscanos, llegaron los jesuitas a territorios chihuahuenses. Ellos también recorrieron la misma vía desde el centro del virreinato. Ya habían fundado un colegio en Durango, capital de la Nueva Vizcaya, y desde allí el padre Juan Fonte se adentró hacia los territorios al oeste de Santa Bárbara para fundar la primera misión de la Compañía de Jesús en lo que hoy es Chihuahua. De acuerdo con la costumbre misionera de recordar a los primeros apóstoles, el sitio fue llamado San Pablo, actualmente Balleza. Más o menos al mismo tiempo, desde Sinaloa, por el Río del Fuerte y el Sinaloa, algunos mineros, y tras de ellos los jesuitas, entraban a la Sierra Madre Occidental a lo que sería la Misión de Chínipas. En 1616, después de la gran rebelión de los tepehuanes, iniciada en El Zape, Durango, la parte sureña de este territorio, en lo que hoy es municipio de Guadalupe y Calvo, se convirtió en zona de refugio para los indígenas. Sin embargo, como ha explicado la historiadora Chantal Cramaussel, los jesuitas hicieron todo lo posible para aumentar el número y la presencia de misiones entre Sonora y los territorios chihuahuenses de las planicies del río Papigochi a los pies de la Sierra Madre. Antes de mediados del siglo XVII quedó bien establecida la conexión entre las misiones jesuitas de Sonora y las de la Sierra Tarahumara.

La principal misión jesuita de Chihuahua en esa época era San Francisco Xavier Satevó, fundada en 1640, justo donde se juntan los ríos San Pedro, Satevó y Santa Isabel. El punto iba a establecerse como el cruce del Camino Real de Tierra Adentro con el que venía desde Sonora. Even-

tualmente un ramal llegaría a la confluencia de los ríos Conchos y Bravo, lo que hoy es Ojinaga. Hacia mediados del siglo XVII, a pesar de la rebelión de los conchos en 1644-1645, los franciscanos también habían establecido una serie de visitas, si no propiamente misiones todavía, a lo largo del río Santa Isabel.

Hay que recordar que en 1631 se habían descubierto las ricas vetas de plata de San José del Parral, y que el propio gobernador de la Nueva Vizcaya abandonaría su sede en Durango para residir en el nuevo y pujante real de minas. La afluencia de colonos en esta época fue un fuerte estímulo y apoyo para el establecimiento de más misiones, tanto franciscanas como jesuitas. En sus correrías por la región, los misioneros habían visto en dónde podrían fundarse misiones para ir afianzando los dos caminos principales. Algunos de estos lugares se nombran en los documentos años antes de que, en realidad, existieran misiones en forma, pero los ejes principales de los movimientos de personas y bienes ya habían quedado establecidos para mediados del siglo XVII.

A la rebelión de los conchos siguió un alzamiento de los tarahumaras, cansados de las demandas de trabajo obligatorio del repartimiento y de las incursiones de los cazadores de esclavos. Los conflictos se centraron justamente en la región del Papigochi, donde en 1652 los nativos acabaron por completo con un poblado español llamado Villa de Aguilar, cerca de donde estaría la misión jesuita de Concepción Papigochi, hoy Ciudad Guerrero. La represión no se dejó esperar, y la colonización continuó hacia el oeste, el norte y el noreste. Los jesuitas seguían al oeste, hacia Sonora, y los franciscanos al norte y al noreste.

En 1680 sobrevino el revés más importante que sufrieron los españoles en sus avances en el norte: la rebelión de los pueblos en Nuevo México. Los colonos y sus aliados indígenas tuvieron que abandonar aquel territorio y replegarse hacia el sur. Esa parte del Camino Real les fue vedada por más o menos una década, mientras se organizaba la “reconquista”, lograda en 1692, cuando de nuevo los españoles ocuparon la villa de Santa Fe.

Entre los reajustes y fortalecimientos de posiciones que emprendieron los españoles en reacción a la rebelión de los pueblos, debemos contar el apoyo a las misiones. De inmediato, el gobierno virreinal puso atención

en la refundación de las misiones del Nuevo México, enviando lo indispensable para volver a establecer el culto religioso en cada una de ellas. Entre estos objetos que transitaron el Camino Real desde la Ciudad de México hasta el Nuevo México había cuadros pintados por Juan Correa de los santos patronos de todas las misiones vueltas a fundar. Entre las misiones nuevas establecidas en este periodo, a finales del siglo XVII, estaba San Cristóbal de Nombre de Dios, cerca del sitio donde, a partir de 1709, surgiría la villa de San Felipe el Real de Chihuahua. Como había sucedido en Parral casi cien años antes, la bonanza minera de Chihuahua atrajo un gran número de personas, y pronto se transformó en una población centralizadora y propulsora de otros movimientos. El gobernador de la Nueva Vizcaya estableció allí su residencia, y se abrió un nuevo ramal del Camino Real para juntar más directamente la nueva villa de Chihuahua con Zacatecas y México. Los caminos anteriores, por supuesto, siguieron en uso.

Ésta, en síntesis, es la historia del desarrollo de los principales caminos en lo que hoy es el estado de Chihuahua. En todos hubo participación de los misioneros franciscanos y jesuitas, ya que la historia de las misiones no puede separarse de la colonización española en su conjunto. En este sentido, no se puede hablar de rutas de las misiones como si fueran algo separado y distinto de los caminos usados por todo mundo. Por otra parte, es cierto que algunos misioneros, especialmente los de las entradas europeas iniciales en los territorios norteros, eran exploradores además de misioneros. Hasta su expulsión en 1767, los jesuitas en particular seguían adentrándose en las regiones más recónditas de la Sierra Madre donde todavía hoy no es fácil llegar. Tal vez es más difícil ahora que entonces, porque hemos creado expectativas de llegar rápidamente a todas partes con vehículos mecánicos, mientras antes no había más que llegar a caballo, en mula o a pie. Sin embargo, como dijo el jesuita alemán Michael Wirtz en 1755, escribiendo desde su misión de Chinatú: más que caminos, “mejor decir vereditas de venados”.

Las acciones de estos jesuitas pioneros, especialmente de los más conocidos como Francisco Kino, quien fue misionero en lo que hoy es Sonora y Arizona, han sobrevivido como hechos heroicos en las historias que se escribieron a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX acerca de la frontera oeste de Estados Unidos y norte de México. Al mismo

tiempo, en Alta California, anexada a Estados Unidos a partir de 1848, se fueron gestando las leyendas que idealizaban las misiones fundadas en la segunda mitad del siglo XVIII por los franciscanos encabezados por Fray Junípero Serra. Según esta tradición, las misiones franciscanas eran oasis de paz y tranquilidad, donde los frailes cuidaban de los nativos, que eran naturalmente buenos e inocentes. No es posible en este corto espacio adentrarnos más al fenómeno de la creación de todas estas leyendas alrededor del mundo misional, tanto jesuita como franciscano. Lo que es importante subrayar es que estas historias fueron fundamentales para crear la imagen de las misiones como mundos aislados, islas en medio de territorios hostiles e inexplorados. A su vez, tal imagen ha sido la que se difundía, hasta hace relativamente poco, en los sitios de misión vueltos destinos turísticos en Estados Unidos, y ahora acecha las misiones novohispanas en territorio mexicano.

Hoy también las misiones del norte de México han alcanzado un sitio en el imaginario turístico. En todos los estados norteros se habla de su potencial como metas para el turismo, y como medios para propiciar el desarrollo. Aparecen artículos en revistas y libros de divulgación sobre “rutas de las misiones”. Como acabamos de ver, en su época de desarrollo original el tema de las rutas de las misiones en Chihuahua fue uno con la historia de los caminos usados por los españoles en general. Hay, sin embargo, posibilidades específicas para fomentar el interés por las misiones en sus relaciones con los caminos. Hay que profundizar, por una parte, en el papel de las misiones en estos caminos. Segundo, se pueden crear rutas turísticas enfocadas al conocimiento de sitios de misiones particulares y de desarrollos que eran propios de las misiones, como fueron sus relaciones con las poblaciones indígenas, para citar un ejemplo. En el estado de Chihuahua hubo misiones entre conchos, tepehuanes, tarahumaras, y pimas, además de otras etnias. Otro tema sería el de las misiones y la minería o la agricultura. Finalmente, para un cierto tipo de turismo son muy atractivos los lugares misionales menos conocidos y más apartados, que tienen encanto justo por eso, y que requieren de estudios y protecciones particulares.

Es evidente que para todos estos desarrollos turísticos necesitamos, primero que nada, conocer las misiones y su historia para conservarlas correctamente. En Chihuahua este trabajo ha iniciado, pero hay muchísi-

mo camino que recorrer todavía. Para empezar, hay que reconocer que las misiones han estado en el abandono desde hace mucho tiempo, en algunos casos, prácticamente por dos siglos. Por una parte, las políticas agrarias recientes no han fomentado el arraigo y permanencia de las personas en los pueblos rurales, y casi todos los sitios de misiones son de este tipo. Por otra, el legado cultural novohispano del norte ha sido sistemáticamente ignorado y menospreciado. Aunque ahora, finalmente, hay centros regionales del Instituto Nacional de Antropología e Historia en todos los estados norteros, no ha habido los recursos ni el personal especializado para atender las necesidades de registrar, conservar e investigar con profesionalismo el legado de las misiones. Son muy pocos los proyectos de investigación y conservación integrados por especialistas. Por más que todos tengamos buena voluntad, es imposible improvisar el conocimiento especializado. No podemos hablar del estudio y de las acciones multidisciplinarias, mientras no haya personas realmente conocedoras y, además, conscientes de los alcances y limitaciones de sus diferentes disciplinas.

Los resultados de estas carencias están a la vista: edificios reparados sin la asesoría adecuada, pinturas y esculturas prácticamente a la intemperie, edificios y obras de primera importancia abandonados, robos y toda clase de descuidos más. Si se pretende que las misiones sean metas para el turismo, es fundamental cuidarlas en cuanto edificios dentro de sus entornos, porque las personas que las visiten necesitarán, primero que nada, algo interesante y bello que ver. A pesar de lo evidente de esta aseveración, se han hecho intervenciones de restauración desastrosas, como la que corresponde a la cúpula de la Santa Cruz (hoy Valle del Rosario). En medio siglo casi hemos perdido uno de los edificios más importantes de todo el norte, famoso en su tiempo. Al desaparecer lo que haría que valiera la pena visitar el Valle del Rosario como sitio de misión, no habrá mucho qué hacer. Nunca hay que olvidar que el legado arquitectónico y artístico del pasado es un recurso no renovable. Por otra parte, si se conservan los sitios, pero no se fomenta la investigación ni se conoce y difunde la que hay, también nos arriesgamos a perder lo que las misiones pueden enseñar. Si al turista se le presenta un edificio, hay que saber qué decirle acerca del mismo y del pueblo donde está. No podemos, por ejemplo, enlistar como misiones edificios que nunca lo fueron, como a veces ha sucedido. Y, de

nuevo, debemos tomar en serio el problema de la conservación. Cuando en nombre de una “restauración” en San Francisco Xavier Satevó se inventó una nueva fachada para la iglesia, se falseó por completo la historia del lugar, uno de los más importantes para la historia del estado, de sus caminos y de sus misiones, como apunté líneas arriba.

Afortunadamente, en las últimas décadas el interés en las misiones novohispanas se ha vuelto mucho más serio. Hay excelentes investigaciones históricas y antropológicas, que ahora toman en cuenta a todos los actores en las misiones, incluyendo a los indígenas. Se ha avanzado en las exploraciones arqueológicas y en proyectos profesionales de conservación y restauración, y empiezan a surgir buenos estudios de historia de la arquitectura, y algunos de historia del arte. En la última década se han multiplicado los encuentros académicos en los que se exponen resultados y se plantean problemas. También hay conciencia entre los profesionistas de la investigación y de la conservación sobre la necesidad de proyectos realmente multidisciplinarios, y las posibilidades de la cooperación binacional, ya que las misiones del norte novohispano están en la actualidad tanto en México como en los Estados Unidos. Sin embargo, insisto, el rezago y las necesidades son enormes. Es esencial aprovechar el interés que ahora existe para darle prioridad a las rutas del conocimiento, tanto de las misiones como de las características del turismo que conviene promover. De otra manera, nos quedaremos en las leyendas del pasado y seguiremos perdiendo y desaprovechando la gran riqueza del legado misional.